

Boletín

Marzo 2020

Boletín informativo OMCC para estar en contacto continuo, cercano y fraterno con los Grupos Internacionales y los cursillistas del mundo.

Contenido

Platicando con Juan Adolfo Moguel
Presidente

Reflexionando con Monseñor Faustino
Armendáriz Jiménez, Arzobispo de
Durango y Asesor Eclesiástico OMCC

Papa Francisco:



ORGANISMO
MUNDIAL DE CURSILLOS
DE CRISTIANIDAD
MCCC
40 años
"Al servicio de la Iglesia y del MCCC en
el mundo"

SEDE MÉXICO 2018-2021



Platicando

Juan Adolfo Moguel Ortiz
Presidente



Queridos hermanos y hermanas:

Reciban mi saludo junto con oraciones y deseos de bienestar personal, familiar y en su comunidad cercana. En esta ocasión dejamos espacio al mensaje impactante del Papa Francisco, quien nos convocó a una plaza vacía donde estuvimos todos unidos en oración, con emociones indescriptibles y un anhelo de que esta pandemia termine.

“El mundo será muy diferente después de esto”. Esta frase taladra mi corazón desde que comenzamos a experimentar esta tempestad inesperada y la comparto para que desde nuestra cuarentena, convirtamos ese tiempo para orar por los demás, para cuidarnos, para ayudar desde casa al prójimo.

Este tiempo es una gran oportunidad para reflexionar y renovar nuestros hábitos, nuestros pensamientos, nuestras acciones como apóstoles que con valor y esperanza en el Señor, le suplicamos escuche nuestra oración.

Nuestro destino solamente lo conoce Dios, nuestra vida está en sus manos, nuestro camino es estar siempre cercanos, comunicados y unidos en oración y propósito solidario.

San Pablo Apóstol, Ruega por nosotros.

¡ De colores ¡

Reflexionando

Mons. Faustino Armendáriz Jiménez
Arzobispo de Durango
Asesor Eclesiástico del OMCC



Su Santidad el Papa Francisco nos llama a permanecer junto a Él, como discípulos que conocen su propia identidad. Si somos verdaderamente sus discípulos perseveramos en su Palabra que nunca pasa, que nunca defrauda, que siempre está.

Nuevamente les convoco a una Jornada permanente de oración, y a través de las redes sociales, Internet y la Página del OMCC, a estar cercanos a la Eucaristía, al Rezo del Santo Rosario y a la plegaria personal y en familia.

En este momento único que nos toca vivir, con dolor, los sacerdotes y los laicos experimentamos, en este tiempo histórico, la Sagrada comunión, pero el Señor sabrá cómo fortalecernos para esperar, con paciencia y devoción el momento en que volvamos a recibirla.

Como lo dijo el Papa Francisco: “En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos. Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús”.

Reciban mi bendición y pongamos en manos de Dios y de nuestra Madre Santísima, este tormenta humana y los proyectos que nos ha inspirado para ser los custodios fieles para salvaguardar a nuestro querido Movimiento.

¡ De colores ¡

NOTICIAS

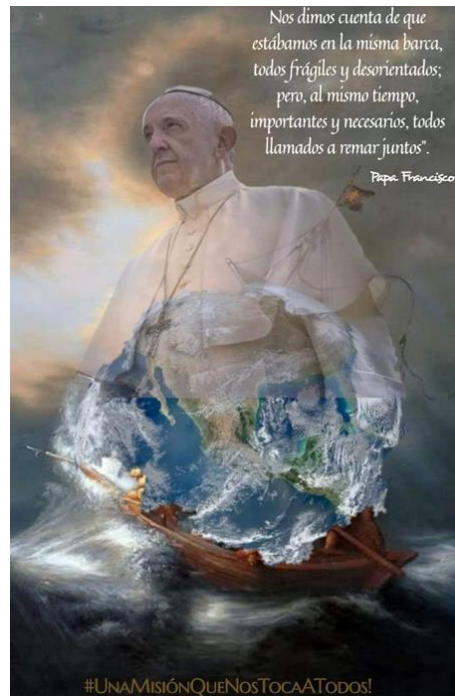


Ciudad del Vaticano, 27 de Marzo de 2020.- Meditación del Papa Francisco en bendición Urbi et Orbi, la Plaza de San Pedro vacía para pedir por el fin de la epidemia del coronavirus o COVID19

«Al atardecer» (Mc 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas.

Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente.

En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos. Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús.



Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—.

Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40). Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contraponen a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en Él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38).

No te importa: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: “¿Es que no te importo?”. Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a Él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad.

La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas

“salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela y se dirige a todos. En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa.

No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo.

Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”. «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que Tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Convertíos”, «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12).

Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás.

Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo.

Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza.

Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere. El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar.

El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado.

El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. Is 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad.

En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios.

Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil Señor y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (Mt 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque sabemos que Tú nos cuidas” (cf. 1 P 5,7).

Sitio oficial OMCC



Les invitamos a ser parte de nuestra comunidad virtual.

Que todos los Grupos Internacionales, Secretariados Nacionales y Diócesis del mundo participen, que abran las ventanas digitales para estar conectados en este mundo en red.

¿Cómo ser parte de esta comunidad?

1. Registro personal en la página.
2. Difusión entre cursillistas de sus diócesis, países y Grupos Internacionales.
3. Enviar información al Presidente del OMCC para conocer de sus eventos y actividades de cursillos.

<https://www.cursillosdecristiandad.net/?lang=es>

“Aprender más, para servir mejor a Cristo”



OMCC continúa con este servicio orientado a apoyar la formación y estudio de nuestros dirigentes, a través de la modalidad en línea, apoyados en la Plataforma Moodle.

Les pedimos oración para continuar dando este servicio que gracias a la tecnología estamos en posibilidad de llegar a quienes están interesados en aprender a distancia.

Jornada de Oración

Envía tu palanca a: palancas-omcc@cursillosde cristiandad.net



Oración del Papa a la Virgen ante epidemia del coronavirus

"Oh María,
tú resplandeces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.

Nosotros nos confiamos a ti, Salud de los enfermos,
que bajo la cruz estuviste asociada al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe..

Tú, Salvación del pueblo romano, sabes de qué tenemos
necesidad y estamos seguros que proveerás, para que,
como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría y la
fiesta después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a
la voluntad del Padre y hacer lo que nos dirá Jesús,
quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos y ha
cargado nuestros dolores para conducirnos, a través
de la cruz, a la alegría de la resurrección.

Amén.

Oración del Cursillista ante esta tormenta inesperada COVID-19

Padre nuestro que estás en el cielo, te doy gracias por haber sido elegido (a) y llamado (a) a tu servicio en el Movimiento de Cursillos de Cristiandad y por la ayuda que me ofreces en esta misión, en la que a pesar de mis limitaciones confías en mi humilde servicio.

Tú, que eres el Dios de la ternura y siempre celebras una fiesta cuando un hijo (a) regresa a casa, ayúdame en esta tormenta inesperada que me tiene temeroso, asustado, desvalido y a merced de la confusión y el desamparo. Te digo desde mi corazón: aquí estoy Señor para hacer tu voluntad.

Me siento débil y frágil sin Ti, pero Tú que Eres el Dios de la cercanía y de la proximidad escucha mi súplica de remar junto a Ti a través de la oración. En esta confianza, se que me salvarás porque Tú eres el Capitán de este barco, de mi barco llamado vida, pero mi poca fe me puede hacer caer en la confusión y el miedo. Ten piedad de mí.

Llamas a beber a los que tenemos sed. Ayúdame a saber comunicar al mundo tu amor, con el que Tú nos amas con tanta ternura y tanta misericordia. Renueva en mí el primer amor hacia Ti y mi compromiso con la Iglesia y el Movimiento de Cursillos de Cristiandad. Ayúdame a dar testimonio de vida cristiana y que Tu voz se escuche para ofrecer esperanza ante esta tempestad.

Espíritu Santo y María Madre nuestra: aliéntame a un nuevo impulso y renovado entusiasmo para evangelizar en los ambientes y a las personas, especialmente a los alejados. Te pido por el Papa Francisco, por los sacerdotes, por quienes han fallecido, por quienes padecen hambre, soledad, tristeza, enfermedad física y emocional, por los líderes de cada nación, por las autoridades, por los que no tienen empleo, por los médicos y el personal de los hospitales, quienes como verdaderos servidores, son el ejército de la ciencia que está trabajando para salvar vidas.

Como dijo el Papa Francisco: “Ahora, mientras estamos en mares agitados, “Despierta, Señor te suplicamos” y nos respondes ¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe...» (Jl 2,12).

Como discípulo permanezco en Ti Señor, dame valor y esperanza. Escucha mi oración.

Amén.

¡ De Colores !

Rezar un Padre Nuestro y Ave María.

Oración al iniciar el día